

Ayer y hoy de la astrología

Rafael Andrés Alemañ Berenguer

<http://raalbe.jimdo.com>

Quienquiera que haya contemplado el cielo tachonado de estrellas en una límpida noche de verano, difícilmente habrá podido escapar a la sobrecogedora admiración que tal espectáculo produce. Observando la infinita grandeza de la bóveda celeste, la súbita comprensión de nuestra insignificancia frente a un universo inconmensurable en el espacio y en el tiempo, nos lacera el alma. A buen seguro, esta clase de sensaciones resultan inherentes al ser humano y no pueden ser disipadas por aumento alguno en nuestro saber científico. Si esto es cierto hoy en día, cuánto más no lo sería en épocas pretéritas, en las que nuestros antepasados no distinguían entre los fenómenos naturales y las mitificaciones que con ellos construía su ignorancia. Pronto sintieron los miembros de las culturas primitivas la necesidad de poner la vida humana en relación con la impresionante danza cósmica que se desarrollaba día y noche sobre sus cabezas.

De esta manera se inició la costumbre de establecer conexiones entre los cálculos astronómicos y los sucesos de la naturaleza: cosechas, crecidas fluviales, etc. La posibilidad de vincular las posiciones de los astros con acaecimientos humanos, como ocurre con las fases lunares y el ciclo menstrual femenino, invitó irresistiblemente a generalizar las influencias astrales sobre la vida de hombres y mujeres hasta extenderlas a la determinación del carácter y el futuro de los individuos. Así nació el conjunto de creencias que con el paso de los siglos dio en llamarse “astrología”. La revolución científica del siglo XVII, empero, liberó el estudio racional de la mecánica celeste de todas sus adherencias místicas y proféticas. A partir de entonces la astrología adquirió la forma en que hoy se nos presenta.

Curiosamente, en los tiempos más antiguos de los que tenemos noticia no fueron los pueblos indoeuropeos los que contaron con una astrología más elaborada, sino los mayas y los chinos. Los mayas disponían de un zodiaco de veinte signos que asociaba a cada día una



influencia benéfica o maléfica, en tanto que los aztecas rendían homenaje especial a la constelación de las Pléyades y a Venus. Los chinos, por su parte, basaron su astrología en su propio periodo anual –el año chino–, al que asignaron sucesivamente uno de los doce animales emblemáticos de Extremo Oriente: perro, mono, liebre, tigre, caballo, dragón, rata, gallo, búfalo, jabalí, serpiente y cabra. Y junto con ellos sus cinco elementos: fuego, tierra, agua, metal y madera. La confección de un auténtico horóscopo chino es una ardua tarea para la que se precisa una paciencia y una sutileza interpretativa nada desdeñables, además de considerables conocimientos sobre el críptico libro *I Ching*.

En lo tocante al mundo occidental, las primeras manifestaciones astrológicas se dieron en Caldea (tablillas de Nippur, en el año 2400 a.C.) y de allí se transmitieron a Grecia, Egipto y la India. Los milesios fueron los primeros entre los griegos en practicar la astrología (siglos VI y V a.C.), aunque quien verdaderamente introdujo el arte astrológico en la cultura helénica fue el sacerdote babilónico Beroso (280 a.C.). Los griegos enriquecieron la astrología caldea con aspectos como la fecha de nacimiento, la noción de casas zodiacales y la adopción de las divinidades del destino o *Moiras*, las cuales justificaban la inexorabilidad de las predicciones astrológicas a las que ni siquiera los dioses del Olimpo podían sustraerse. La asimilación de la cultura griega por el Imperio Romano expandió universalmente la práctica de la astrología. El poeta Juvenal relata que los ciudadanos de Roma solían consultar unas tablas llamadas “efemérides astronómicas” incluso para decidir cuándo debían cortarse el pelo o salir a dar un paseo. En el siglo II de nuestra era Claudio Ptolomeo, el mayor geómetra y astrólogo de la época, recopiló los fundamentos de su disciplina en la clásica obra de cuatro volúmenes *Tetrabiblos*.

La naciente religión cristiana no tardó en convertirse en la principal fuerza enemiga de la astrología en el mundo antiguo, a la que reprochaba su base fatalista y pagana incompatible con el libre albedrío humano y la omnipotencia divina. Grandes prohombres de la Iglesia como San Agustín o Santo Tomás fustigaron severamente a los astrólogos, cuyos esporádicos aciertos eran imputables, según estos santos, al auxilio de espíritus diabólicos. En su libro *La Ciudad de Dios* dice tajantemente San Agustín: “Es preciso silenciar a quien afirma que las estrellas rigen nuestros actos o nuestros sentimientos, buenos o malos, sin intervención de Dios ...pues, ¿a qué fin sirve esta opinión, como no sea el de rechazar toda divinidad?”. A raíz de esta actitud intolerante el rele-

vo astrológico pasó a los árabes a través de algunas de cuyas obras –*Introductorium ad Astronomiam* de Abūmansūr (805-885)– retornaría al Occidente medieval. Durante todo este periodo y en el Renacimiento, reyes, príncipes y papas contaron con afamados astrólogos entre sus cortesanos y no iniciaban ninguna gran empresa sin consultarles. Además del archiconocido Nostradamus, no son pocos los astrólogos que alcanzaron la celebridad por aquellas fechas: Junctino de Florencia, Pomponazzi, Augier Ferrier y, especialmente, los británicos John Dee y William Lilly.

La irrupción del método científico y el desprestigio del ocultismo abrió las puertas a un periodo de decadencia para la astrología que duró hasta las postrimerías del siglo XIX, momento en el que Madam Blavatsky y su Sociedad Teosófica revitalizarían el gusto por el ocultismo en general y por los horóscopos en particular. A comienzos del siglo XX el teósofo británico Alan Leo simplificó los procedimientos del cálculo e interpretación astrológicos, facilitando su difusión entre el gran público y sentando las bases de la moderna astrología de masas. Estas creencias disfrutaron de un nuevo auge desde la segunda posguerra mundial hasta nuestros días, en los que Nancy Reagan recibía continuo asesoramiento astrológico mientras su marido ejercía el cargo de presidente de los Estados Unidos. Los manifiestos antiastrológicos firmados por científicos franceses en 1970, norteamericanos en 1977 y españoles en 1990, no parecen haber contrarrestado visiblemente la popularidad de esta doctrina.

Horóscopos

Ahora bien, ¿qué es y cómo se elabora un horóscopo? El horóscopo genuino nada tiene que ver con las burdas reseñas que aparecen publicadas en la prensa diaria en las que sólo cuenta el signo solar o, multitud de veces, la simple imaginación del autor. La confección de un horóscopo reposa sobre el concepto de zodiaco, sucesión de signos (Aries, Leo, Virgo, etc.) a los que se atribuye un carácter determinado (colérico, prudente, frío...) y que tienen su origen en las posiciones que ocupaban estrellas y planetas hace 2.500 años. El punto de partida del zodiaco es aquel donde comienza y finaliza la órbita solar aparente –movimiento anual del Sol visto desde la Tierra–, cuya denominación común es la de “punto de Aries” o “punto vernal”. En ese punto empieza y termina el círculo zodiacal, sobre el que se distribuyen los doce signos del zodiaco en doce sectores de treinta grados sexagesimales cada uno.

El origen de los signos zodiacales es impreciso y no existe acuerdo sobre los motivos de su aparición; podrían representar el cambio de las estaciones anuales, el temperamento o el cuerpo humanos, el devenir de la existencia o quién sabe qué. Ciertamente los antiguos creían con firmeza en la influencia de los astros, a la que achacaban un poderío especial cuando cada planeta pasaba por un punto concreto del zodiaco. A las zonas desde las que cada planeta parecía ejercer un influjo particularmente vigoroso se las llamó “casas zodiacales” o “domicilios”.

Una vez determinados estos elementos básicos de la carta astral, obtenemos una representación geocéntrica convencional del firmamento; es decir, tal cual se contempla desde el punto de vista de un observador terrestre. Habremos ubicado también todos los planetas –incluyendo bajo esta denominación al Sol y a la Luna– en relación con los signos del zodiaco, procediendo entonces a la domificación o colocación de las doce casas zodiacales. A partir de la casa I se sitúan Vita, Lucrum, Fratres, Genitor, Filii, Valetudo, Uxor, Mors, Peregrinationes, Regnum-Honores, Amici Benefacta y Enemici. Los planetas, con un cierto margen llamado orbe, pueden estar emplazados en lugares que, según la doctrina astrológica, configuran relaciones armónicas o discordantes entre ellos dependiendo de su separación angular. Las colocaciones relativas así definidas podrán ser en conjunción sextil, cuadratura, trígono, oposición u otros aspectos de menor importancia.

Las principales vías de interpretación de un tema astral son tres. La primera supone calcular el punto del zodiaco que ocupaban en el momento del nacimiento los planetas en su recorrido. Esto nos permitiría conocer a partir del día y la hora en que nace un individuo el signo y grado de cada planeta, especialmente las dos luminarias (Sol y Luna), con lo cual nos veríamos aptos para deducir los distintos aspectos de la persona. El segundo camino implica comprobar qué signo y astros ascendían por el horizonte o culminaban su cenit en el momento natalicio. Estos dos elementos son importantísimos, ya que el ascendente indica las características individuales del recién nacido y el “medio cielo” (signo que se encontraba en el cenit) señala la proyección social. La última senda interpretativa supone averiguar cómo los planetas combinan sus influencias entre sí partiendo de distancias angulares y de infinidad de detalles y matices detectables por el experto.

Este último punto pone de relieve que la verdadera complejidad de la carta astral estriba en su interpretación. Las características de los planetas, signos y casas zodiacales se entrelazan en una tupida red de influencias mutuas en las que las interdependencias de cada elemento con todo el resto del sistema se van concatenando en un proceso sin fin. Esta circunstancia se debe en su mayor grado a que los cimientos esotéricos de la astrología imparten una vez más la idea de que el hombre es un microcosmos en miniatura que refleja el macrocosmos que le rodea. Por ello a cada planeta le corresponden las cualidades de un animal determinado, de un metal, de un color, de un día de la semana, de una gema, de una parte del cuerpo, de un número, etc. *Omnia in unum* (“Todo en uno”) reza el lema astrológico que entronca esta disciplina con las tradiciones mágicas y ocultistas del Occidente arcaico.

El debate astrológico

Entre los modernos astrólogos no faltan quienes atribuyen a su disciplina un rigor y unos méritos comparables a los de cualquier ciencia natural. Estos méritos son generalmente de dos clases: el mecanismo del influjo astral sobre los individuos y la comprobación efectiva de dicho influjo. En el primer estadio se intenta estudiar el proceso por el cual los astros afectan a la personalidad y al destino humano; en el segundo se trata de demostrar, usualmente con métodos estadísticos, las consideraciones teóricas antes esbozadas.

Los mecanismos hipotéticos planteados para explicar la acción de los planetas y demás astros,



Dibujo de un círculo zodiacal.

pasan en su totalidad por las fuerzas fundamentales conocidas por la física ortodoxa, a la que los astrólogos acuden sin pizca de rubor. La gravedad, la fuerza que a escala universal mantiene a los cuerpos celestes en sus órbitas, parece la pretendiente más idónea. Esta adecuación aparente es la que ha dado aliento a falaces analogías, como la búsqueda de paralelismos entre la influencia del Sol y la Luna sobre las mareas y su posible influjo en el ser humano, constituido en un 75% de agua. El fraude de este argumento se oculta en el hecho de que los efectos gravitacionales sólo son significativos cuando las masas en juego son enormes y las distancias relativamente pequeñas.

En una persona cuya masa acuosa es infinitamente menor que la de un océano –además de que dicho líquido está encerrado en células y vasos sanguíneos– el efecto gravitatorio es sencillamente nulo. De existir alguna influencia astrológica debida a la gravitación sobre los recién nacidos, los únicos responsables posibles por sus tamaños y distancias serían la Luna y el Sol. Sin embargo, la fuerza ejercida comparativamente por los adultos presentes en el parto es inconmensurablemente mayor a causa de su extrema proximidad. Un doctor de 100 kg, por ejemplo, situado a un metro del bebé ejercería una fuerza gravitacional cien mil veces superior a la de la estrella más cercana. Y aun así debiera explicársenos por qué motivo la fuerza de atracción entre dos masas cualesquiera ha de decidir el día más propicio para nuestra visita al dentista, o la proporción de bondad y alegría que habrá en nuestro carácter conforme a la fecha de nacimiento.

La fuerza electromagnética, mucho más intensa que la gravitacional, parece por ello una candidata más prometedora. Así parece creerlo el astrólogo Demetrio Santos que en su libro *Astrología teórica, ecuaciones fundamentales*, desarrolla doscientas páginas de farragoso texto matemático en el que relaciona a su gusto y conveniencia ondas, armónicos, signos y astros. La piedra angular de las elucubraciones de Santos es la existencia de una acción física del cosmos sobre los humanos, explicable por el hecho de que las moléculas vivas se generan en el espacio y descriptible mediante la mecánica ondulatoria. Obviando el carácter altamente controvertible de las anteriores suposiciones, el subsiguiente tratamiento del tema que nos presenta este astrólogo evidencia la desproporción existente entre los conceptos de los que se sirve y su aptitud para manejarlos. El respeto profesado por numerosos astrólogos españoles a la obra de Santos, resulta únicamente fruto de la reconocida capacidad de los desarrollos matemáticos para conturbar a quienes no los dominan.

Se arguye con frecuencia que la influencia astrológica comienza a surtir su efecto en el instante del parto y no en el de la concepción, debido al apantallamiento que lleva a cabo el vientre de la madre sobre el feto. Ahora bien, ¿qué clase de influjo es ése, capaz de recorrer cientos de miles de kilómetros por el gélido vacío sideral para verse detenida por unos escasos centímetros de carne? Esto parece implicar –llevando el argumento hasta el absurdo– que bastaría revestir las paredes de una habitación con chuletas para librarse de la influencia de los astros sobre nuestras vidas.

Tampoco se detalla el momento exacto en que la influencia astrológica entra en acción durante el nacimiento: ¿cuándo sale la cabeza del recién nacido, al salir los pies, o en un momento intermedio?; ¿y qué ocurre con los partos inducidos farmacológicamente o con las cesáreas? Hoy día, las modernas técnicas de fecundación artificial añaden un nuevo interrogante a la controversia. Ya que la concepción se produce fuera del vientre materno, ¿habrá de admitirse que la astrología actúa ya desde ese instante, o es que también el vidrio de la probeta amortigua su poder? Ningún astrólogo se pronuncia al respecto.

Un grave defecto que comparten todas las justificaciones astrofísicas de la astrología reside en la tremenda distorsión de la geometría espacial a la que conducen. En efecto, se proyecta en dos dimensiones lo que en realidad tiene tres y por ello las distancias entre planetas, sus alineaciones y conjunciones, quedan completamente falseadas. Por ejemplo, dos conjunciones Luna-Marte pueden diferenciarse en que en un caso los dos astros estén separados por una distancia seis veces mayor que en el otro, sin que en la carta astral se acuse para nada esta circunstancia. Si existe alguna fuerza responsable de las influencias astrológicas deberían tomarse en cuenta estas diferencias, a no ser que se postulase una acción instantánea e independiente de la separación. Mal camino sería éste, puesto que de inmediato la relatividad de Einstein se alzaría ante nosotros exigiendo coherencia y sensatez.

Precisamente, el retardo relativista que impone la velocidad finita de la luz hace que nos preguntemos si el astrólogo calcula las posiciones de los astros en el momento del nacimiento tal como se ven en ese instante desde la Tierra, o tal cual son en realidad tomando en cuenta el tiempo que tarda la luz en llegar hasta nosotros. De alegarse nuevamente que el influjo astral no depende de la distancia, cabría preguntarse por qué no se incluyen entonces los efectos de todas las estrellas y planetas del universo. A la respuesta de que semejantes fuerzas son privativas de

los astros descritos en el zodiaco, nuestra perplejidad va en aumento: primero se introducen acciones a distancia absolutamente incompatibles con nuestros conocimientos físicos y después se reduce arbitrariamente su origen a los cuerpos celestes que conviene en cada momento. No parece éste, desde luego, un proceder muy científico. Más bien la presunta astrología científica aparenta ser como el sistema ptolemaico; un creciente revoltijo de parches teóricos y remiendos artificiosos sin más objeto que apuntalar unas creencias que se derrumban de pura decrepitud.

De hecho, la segunda simplificación fraudulenta de las cartas astrales tiene su fuente en el empeño de los astrólogos en aferrarse a una visión geocéntrica con casi dos mil años de antigüedad. Por ese motivo encontramos que en una carta astral se juzga significativa una sola de las dos dimensiones a las que se ha reducido un espacio de tres. Esa única dimensión restante, la longitud zodiacal, es la culpable de que se consideren conjunciones lo que en realidad son ubicaciones de los planetas muy alejadas entre sí, y viceversa, que se desestimen situaciones en las que sí se hallan próximos. Estos errores de bulto tenían su razón de ser en la época de Ptolomeo, cuyo sistema de epiciclos no funciona si se toma en consideración la latitud además de la longitud, pero hoy sólo resultan groseros residuos de unas creencias definitivamente fenecidas.

La precesión de los equinoccios

Una perfecta ilustración de ello la tenemos en el problema de la precesión de los equinoccios, poco conocido por el público en general. El efecto llamado “precesión de los equinoccios” –igual podría denominarse de solsticios o de cualquier otra fecha del año– se produce debido a que el eje de rotación de la Tierra sobre sí misma se halla inclinado respecto del plano formado por la órbita de la Tierra en torno al Sol (plano de la eclíptica). Esta inclinación, además, demuestra ser variable y sus valores oscilan entre 20 y 25 grados sexagesimales. Esta circunstancia provoca un movimiento del eje de rotación de nuestro planeta, el cual varía progresivamente su orientación en el espacio.

Esta variación es muy lenta, por lo que sus consecuencias son difícilmente apreciables de un año a otro; pero sí es suficiente para que, en los 2.500 años transcurridos desde la civilización mesopotámica, las constelaciones que dieron origen a los nombres del zodiaco no estén situadas donde debieran estar para una justa correspondencia entre constelaciones y sig-

nos. Por esta razón el equinoccio de primavera, que hace 2.000 años coincidía con la constelación de Aries, cae ahora sobre la de Piscis y está cercana a entrar en Acuario (de ahí la “Era de Acuario” tan exaltada por los peores voceros de la *New Age*). Así pues, si somos rigurosos, los nacidos a principio de agosto, a los que se atribuye el signo de Leo porque era esa la constelación que se encontraba en el cielo estival en tiempos babilónicos, no deberían regirse por este signo sino por el de Cáncer, que es el que realmente tienen hoy sobre sus cabezas cuando nacen en las fechas indicadas.

Conscientes de esta contrariedad, algunos astrólogos decidieron por su cuenta y riesgo escindir en una nueva escuela de astrología. Sabedores de que la precesión equinoccial ha desligado por completo los signos zodiacales de la posición de las constelaciones, la “astrología trópica” confecciona cartas astrales en función del calendario solar únicamente, a diferencia de la doctrina tradicional o “astrología sidérea” que mantiene la correspondencia entre signos y constelaciones. En otras palabras, a ojos de los nuevos astrólogos –los “trópicos”– quien nazca el 30 de julio será regido por el signo de Leo, o quien lo haga el 29 de noviembre lo será por Cáncer, con independencia de dónde se halle cada una de dichas constelaciones en esas fechas.

Lo que ocurre entonces es que ni las casas zodiacales ni los signos se corresponden ya con ningún objeto astronómico real. De esta manera tan sólo se atiende a un sector del cielo cuya influencia se considera decisiva, sin que importe para nada las estrellas que ocupan esas posiciones. Tenemos, pues, que la astrología trópica, despojada de su rimbombante terminología, resulta ser en realidad una “calendariología”; es decir, una técnica para asignar personalidades y destinos a los individuos sin más datos que su fecha de nacimiento. Tal doctrina es equivalente en la práctica a la afirmación de que existen temperamentos y cursos vitales típicamente “julianos” si la persona en cuestión nació en julio, o “septembrinos” si lo hizo en septiembre. Dígase lo que se quiera, el zodiaco sidéreo no guarda relación alguna con la localización real de las constelaciones, en tanto que el zodiaco trópico no es sino una veneración hacia los días del año, a los que por sí solos nadie ha adjudicado nunca virtud mágica alguna.

Mas nada parece importar a los astrólogos esta serie de consideraciones. Carece de importancia que en la astrología sidérea las constelaciones estén todas desplazadas de sus signos, o que la astrología trópica no sea más que una magia de calendario. También resulta irrelevante para los astrólogos el hecho de que



El eje de rotación terrestre se desliza sobre una circunferencia.

los habitantes de las zonas polares no puedan poseer una normal distribución de casas zodiacales. Ello es debido a que en los puntos de la Tierra situados al norte del círculo polar ártico, el plano de la eclíptica coincide con el horizonte mismo y no atraviesa ninguna casa, por lo que ya no cabe la determinación de un ascendente, medio cielo o cualquier otro elemento astrológico.

La imposibilidad de confeccionar un horóscopo perteneciente a los habitantes de las zonas polares dimana de los propios fundamentos de la astrología. La distribución de las casas planetarias que los astrólogos realizan ordinariamente no es posible por encima de los $66,5^\circ$ de latitud, por la sencilla razón de que el Sol y muchos planetas permanecen meses enteros por debajo del horizonte, con lo que sus proyecciones no se cruzan entonces con la eclíptica. Por contra, lo que ocurre al sur del Ecuador es que las estaciones climatológicas están cambiadas y toda la simbología místico-naturalista que asocia signos astrológicos a determinadas características del clima o de los ritmos estacionales queda privada de sentido. La razón básica de estas contingencias se encuentra en el hecho de que la astrología es un rancio producto cultural de la civilización babilónica, a cuya visión plana y geocéntrica del universo eran completamente ajenas las nociones de Ecuador, polos y demás elementos de la geometría esférica. Pero todo da igual a quienes largo tiempo atrás abdicaron del menor uso de la razón. “La idea esencial –en palabras de Derek

y Julia Parker extraídas de su obra *The New Complete Astrologer*– es que astrológicamente las constelaciones visibles no tienen gran importancia, y sirven solamente para denominar a los signos zodiacales fijos”. Todo parece permitido, pues, en el mundo astrológico salvo el respeto a la lógica y a los hechos.

Un dato curioso compartido por ambas escuelas astrológicas es el de que no aparentan ser capaces de asignar un lugar lógico en sus sistemas a Urano, Neptuno y Plutón; planetas todos ellos desconocidos en la antigüedad. Todo intento de forzar su inclusión conduce inevitablemente a descolocar el resto de los planetas, de forma que ya no podrían regir los periodos de tiempo que se les supone (la Luna el lunes, Marte el martes, Mercurio el miércoles...). Una nimiedad más a juicio de quienes estiman más valiosas las opiniones de los babilonios de la edad antigua que los conocimientos astronómicos de comienzos del siglo XXI.

Asimismo, por qué no decirlo, es menester un poderoso esfuerzo imaginativo para visualizar leones, escorpiones o carneros –pongamos por caso– en las constelaciones que originaron los correspondientes signos zodiacales. A buen seguro, los sacerdotes caldeos de hace veinticinco siglos contemplaron formaciones estelares y las bautizaron, según los patrones culturales que les eran propios, con los nombres de animales feroces o mitológicos y otra serie de motivos. Más tarde los pueblos que les sucedieron continuaron asociando con los astros, siempre dentro de la mentalidad mágico-religiosa de su tiempo, cuantos simbolismos y cualidades tuvieron a bien imaginar.

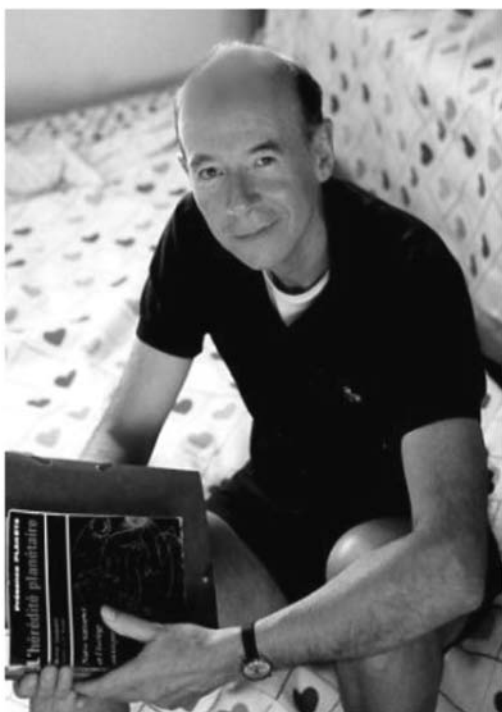
Si la brevedad de la vida humana no lo impidiese, estaríamos tentados de emprender un experimento social y antropológico altamente instructivo. Resultaría enormemente interesante comprobar lo que sucedería si en nuestros días concediésemos nombres de electrodomésticos comunes (batidora, lavavajillas, etc.) a las nuevas constelaciones descubiertas por nosotros, y si dentro de dos mil años, cuando el uso de tales objetos no fuese más que un confuso recuerdo, a alguien se le ocurriese exhumar nuestras denominaciones con intención astrológica. Es casi cierto –y yo estoy seguro de ello– que de continuar la humanidad siendo como es, no faltarían seguidores al nuevo culto zodiacal. Estarían persuadidos de que los nacidos bajo el signo “plancha” serían de talante abrasador, mientras que los regidos por “lavadora” resultarían en extremo pulcros y aseados. Tal vez desde allá donde estuviésemos nuestras carcajadas llegasen a estos nuevos predicadores, franqueando la muralla de los siglos y revelando cómo muchas de nuestras convicciones sólo son añejas supercherías a

las que el paso del tiempo ha conferido la equívoca respetabilidad de la que goza todo lo antiguo por el simple hecho de serlo.

||| Astrología estadística

El intento de reivindicar la astrología mediante pruebas estadísticas no corrió mejor suerte. Casi todos los astrólogos, por desconocimiento o por malicia, mencionan todavía la batería de estudios realizada por el matrimonio de psicólogos suizos François y Michèle Gauquelin. Las estadísticas de Gauquelin parecieron confirmar una relación entre ciertas posiciones planetarias y el nacimiento de unos determinados profesionales (políticos, deportistas, científicos, etc.), aunque dicha relación era justamente contraria a la pronosticada por la astrología tradicional.

El revuelo causado por estos estudios comenzó a declinar en 1973, cuando un comité científico belga denominado "PARA" (por "paranormal") examinó la metodología de Gauquelin y halló un sesgo, probablemente inconsciente, en sus trabajos. Las frecuencias esperables estadísticamente habían sido calculadas sin tener en cuenta las considerables modificaciones en el paso de los planetas por un determinado sector, y se había ignorado también la notable variación de los nacimientos diurnos entre 1872 y 1945. Gauquelin no quedó muy convencido por esta refutación de sus tesis, y por ello se sometió a dos pruebas sucesivas



Michel Gauquelin.

propuestas por el comité de escépticos norteamericanos CSICOP en 1975 y 1977. En ambas sale derrotado y, especialmente en la última, el psicólogo suizo se muestra abiertamente enojado al ser amonestado por cometer gruesos errores en la selección de la muestra estadística sin más objetivo que avalar su hipótesis. Finalmente, a mediados de la década de 1980, el astrónomo norteamericano Dennis Rawlins reexaminó los últimos trabajos de Gauquelin, demostrando sin contestación posible que el reparto de nacimientos en cada sector zodiacal produce para cada planeta la curva característica de distribución al azar. Ninguna otra presunta demostración estadística ha merecido atención desde entonces.

||| Las raíces del embuste

Así pues, si la astrología se nos aparece como "...una mancia más, un residuo de antiguas ilusiones basadas en simbolismos mitológicos sin el menor fundamento racional" —en palabras del periodista científico Manuel Toharia, en su magnífico libro *Astrología, ¿ciencia o conciencia?*—, ¿cuál es la razón del extraordinario auge que conoce en nuestros días? El mismo Toharia propone, probablemente con acierto, tres argumentos mayores: la vulgarización de la astrología, su labor psicológica y, especialmente, la incultura científica de la sociedad en que vivimos.

El primer punto quiere significar que los modernos astrólogos, a diferencia de sus antecesores caldeos, griegos y romanos, no se ocupan en exclusiva de vislumbrar el destino de reyes, emperadores y dignatarios de la corte. Confiando menos en la generosidad de los monarcas actuales y más en la credulidad del ciudadano común, estos nigromantes han extendido los beneficios del horóscopo a toda la población en su conjunto. Este democrático proceder ha tenido la doble ventaja de ampliar el mercado potencial de clientes y permitir la multiplicación del número de astrólogos en ejercicio sin peligro de estorbo mutuo. Todo esto hubiese sido impensable para los astrólogos de la antigüedad, quienes no hubiesen podido concebir que los astros —seres cuasi divinos— interviesen en los destinos del vulgo. Esta creencia perduró incluso hasta mucho tiempo más tarde, pues incluso Shakespeare nos recuerda en *Hamlet* que se dan señales en el cielo cuando mueren los soberanos, mas no cuando lo hacen los esclavos.

Otro motivo de esta controvertida popularidad se encuentra en que la consulta del astrólogo actúa como sucedáneo de la del psiquiatra, abriendo la opción al cliente de liberar el torrente de angustias y

penalidades que le aquejan cotidianamente. Se confía en el astrólogo, quien aparenta ser una suerte de intermediario entre los astros, majestuosos, imparciales e infalibles en su lejanía, en contraste con los métodos lentos e inseguros de psicólogos y psiquiatras. La astrología se convierte así en una nueva modalidad de comunicación para personas con tensiones emocionales contenidas (descripción en la que todos podemos encajar en algún momento de nuestras vidas). Incluso, en ciertos casos, se sabe de personas que han tendido a acentuar los rasgos de su carácter que creían más acordes con su horóscopo. En esas situaciones la astrología funciona como una especie de refuerzo de la personalidad empujándonos, más o menos conscientemente, hacia el tipo de temperamento que nos agradecería poseer.

Pero sin duda, una de las razones de mayor peso que explican la presente difusión de las prácticas astrológicas reside en la incultura científica generalizada. Se propende en la educación y en la vida social, como parte de una nefasta tradición histórica, a menoscabar la importancia última de las materias científicas en beneficio de las artísticas y literarias. La consecuencia de esta actitud es que resulta mucho más difícil eliminar las dudas acerca de si una superstición maquillada como ciencia puede, a pesar de todo, encerrar algún fragmento de verdad. Es mucho más sencillo recordar los signos zodiacales y algunas características asociados con ellos que esforzarse en comprender conceptos comparativamente más complicados, como la precesión de los equinoccios u otros similares. Una verborrea atiborrada de tecnicismos inconsistentes es el aderezo restante que habilita al conjunto para engañar a los menos avisados. Triste fruto éste al que una deficiente educación científica ha abonado decisivamente el terreno.

Adicionalmente a cuanto ya se ha dicho, la práctica de la astrología exhibe una serie de deméritos que sería conveniente no pasar por alto. El primero de ellos es que la astrología, tomada en puridad, entraña implícitamente la suposición de que nada ha cambiado en nuestro conocimiento del cosmos desde la época de Ptolomeo. Los cálculos pretendidamente científicos de las cartas astrales se basan en proposiciones insostenibles acerca de la mecánica celeste; los signos zodiacales están tomados de la rancia mitología greco-caldea; las doctrinas astrológicas fueron creadas por gentes del Asia menor y por eso resultan inaplicables a los habitantes de las zonas polares; la hipótesis de un influjo astral contraviene todos los principios físicos conocidos, e incluso los modernos astrólogos han aceptado supuestos que los antiguos hubiesen juzgado intolerables. La lista de agravios a

la razón podría hacerse mucho mayor, pero se diría que la previa enumeración constituye una muestra suficiente.

Cuando los astrólogos se refugian en el beneficio de la duda, ante las críticas de los científicos, apuntando hacia futuros descubrimientos que les otorguen la razón, olvidan algo muy importante. Lo que olvidan es que la concepción del universo de la que bebe la astrología es la más pura antítesis de la innovación que concebirse pueda. Esto es lo que debemos recordar cuando se nos intente persuadir de unas creencias desfasadas que hace ya muchos siglos perdieron todo contacto con la realidad.

Otra característica poco encomiable de la astrología gravita sobre el hecho de que su credo se demuestra discriminatorio y opresivo. En sus orígenes, todo astrólogo que se preciase convenía que el sino y talante de la persona quedaban fijados por la posición de los astros en el momento del nacimiento (nótese que por alguna razón desconocida importaba más el momento del nacimiento que el de la concepción del nuevo ser). Tal predestinación se creía inmutable aunque cognoscible merced a los servicios del astrólogo. Era éste una especie de calvinismo mágico en el que el beneficio económico no estaba reservado sólo a los agraciados por la fortuna, sino también a los augures encargados de anunciar la buena nueva. En todo caso, cualquier creencia que asigne destinos y modos de ser a los individuos exclusivamente en función de circunstancias irrelevantes de su nacimiento no puede calificarse más que de discriminatoria e inhumana. Tanto da que el criterio sea la raza, el sexo o la posición de los astros; el resultado es siempre el mismo: catalogar a los seres humanos, no por la bondad de su corazón o por la amplitud de su mente, sino por un hecho concreto que en el instante del nacimiento estigmatizó su vida para siempre.

La mentalidad de esclavo que propende a crear la sensación de sometimiento a fuerzas externas insoslayables, resulta fácil de imaginar. Cuando el fatalismo se instala en la vida humana su escenario vital se ensombrece y marchita, y toda doctrina que coopere a ello encierra un punto de perfidia que antes o después acaba haciéndose visible. Afortunadamente, la presión de la Iglesia, la constatación de los errores predictivos y la expansión de las ideas de libertad y dignidad humanas hicieron que los horóscopos se considerasen condicionantes, no determinantes, de cada individuo. Puesto que siempre que la carta astral falle puede argüirse que esto se debe a que los astros inclinan pero no obligan, la refutación de la astrología se torna imposible. Un remache más en la gruesa armadura de tergiversaciones que protege la quimera astrológica.

El último rasgo indeseable de la astrología es compartida por ella con el resto de actividades mágicas que en el curso de la historia han sido. Es lo que podríamos denominar “insolencia cósmica” y surge de extender a escala sideral un exagerado sentido de la propia importancia. Esta clase de insolencia, como ya se dijo, era patrimonio en la antigüedad de personajes destacados, en tanto que la astrología de masas del siglo XX ha convertido este sentimiento en universal. Principalmente se manifiesta en la incapacidad para concebir al conjunto de la humanidad como una nimiedad a escala astronómica, desprovista de importancia frente a la inmensidad de un universo mayoritariamente inhóspito. Este sentimiento es producto de una mezcla de orgullo colectivo y miedo a la soledad. Por el primero encontramos agradable glorificarnos a nosotros mismos, y por el segundo buscamos dotar de sentido a nuestra existencia en el seno de un cosmos al que nada parecemos importar. El que los astros gobiernen las vidas humanas puede ser un tanto engorroso, pero garantiza un permanente halago a nuestra vanidad ya que,

¿cómo podrían los cuerpos celestes relacionarse con seres intrascendentes?

Por todo ello, la astrología merece una enérgica reprobación, ya sea en cuanto a sus aspiraciones científicas o a la propia coherencia interna de sus presupuestos doctrinales. En esta manía no hay lugar para la libertad de conciencia ni de destino que inspira los mejores momentos de originalidad humana. Aquellos que gusten de sentirse esclavizados por lo desconocido, de aceptar afirmaciones sin pruebas o de admirar carcomidas supersticiones tan sólo por su antigüedad, hallarán en la astrología un atractivo cuadro de la naturaleza. Pero quienes busquen una inteligencia creativa y liberada de trabas arcaicas, quienes deseen seres humanos libres en cuerpo y en espíritu, o quienes respeten los frutos de la razón cosechados por el trabajo de hombres esclarecidos a lo largo de centurias, todos éstos, en suma, no hallarán en la astrología nada que calme sus anhelos y difícilmente lamentarán que en realidad no haya motivo alguno para considerarla verdadera.